

buscarla, ¿entiendes tú? ¡Y á fe de Gabriel Pardo de la Lage, te juro que no volverá á suceder que ande por los montes sin que se sepa su paradero!

XXV

Si vale decir verdad, cuando salió del caserón solariego como alma que lleva el diablo, por no oír la retahíla de palabrotas y berridos con que Don Pedro contestó á su arenga, no sabía el comandante ni hacia dónde dirigirse ni á qué santo encomendarse para cumplir el programa de encontrar á su sobrina. La hora era además tan cruel y el calor tan intolerable, que sólo estando á mal con la vida podía nadie echarse á andar por los senderos calcinados. Estarían cayendo las dos de la tarde, el momento en que los habitantes, así racionales como irracionales, de los Pazos, se aprestaban á gozar las delicias de la siesta, tendiéndose cuál panza arriba, cuál de costado para roncar; despatarrados los gañanes sobre los haces de paja, y estirados en completa inmovilidad los perros, sacudiendo solamente una oreja cuando se les posaba encima importuna mosca.

Por vivo que fuese el celo de Gabriel, comprendió la locura de salir á descubierta en momentos semejantes, é instintivamente buscó una sombra donde guarecerse y consultar consigo mismo. Dió consigo en la linde del soto, al

pié de un castaño, si no de los más altos, de los más acopados y frondosos, sobre cuyas flores caídas, que mullían dobladamente el tapiz de manzanilla y grama, encontró buen recostadero.

.....
—No hay remedio...—comenzó á devanar Gabriel.—Yo corto por lo sano... El animal de mi cuñado, tengo que reconocerlo, no ve *esto* que veo yo... Es que si lo viese, y viéndolo lo consintiese... nada, cuatro tiros.

.....
—Y yo, ¿qué veo, en resumen? ¿Tiene fundamento, tiene cuerpo, tiene base esta idea? ¡No, y renó! Aquí no hay más que una cuestión de conveniencias desatendidas... impremeditaciones é ignorancias de una montañesilla inexperta... bárbara indiferencia, atroz descuido de un hombre zafio y adocenado... fatalidades de educación, de medio ambiente...

.....
—No puede negarse que mi venida aquí ha sido providencial. El abandono en que está la niña, hija de mi pobre Nucha, clama al cielo... Debí enterarme antes, mucho antes. He dejado pasar años sin tomarme la molestia... Bien, yo no podía tampoco suponer... ¡Qué calor! Comprendo á los japoneses...

.....
Suspiró y cortó una rama de castaño para abanicarse con ella. Lo que le sofocaba era, más que la temperatura, la reacción del reciente acceso de cólera. El café que acababa de pa-

ladear le había dejado en la lengua un amargor agradable, y le producía ese ligero eretismo cerebral tan propio á la creación artística y á la fácil emisión de la palabra. La naturaleza desfallecía, y el rumoroso silencio del bosque, el ronco quejido de la presa, la fragancia de las flores del castaño, ayudaban á exaltar la fantasía de Gabriel, muy inclinada, como sabemos, á echarse por esos trigos.

.....
 —¿Por qué causa tal impresión la naturaleza? Yo lo había leído en libros, pero me costaba mis trabajos creerlo... ¡Esto de que, porque uno vea cuatro montañas y media docena de nubes, se ponga á meditar sobre orígenes, causas, el ser, la esencia, la fatalidad y otras cien mil cosas que carecen de solución! ¡Empeñarnos en que la naturaleza tiene voces, y voces que dicen algo misterioso y grande! ¡Ay... á esto sí que se le puede llamar chifladura! ¡Voces... Voces! ¡Unas voces que están hablando hace miles y miles de años, y á cada cual le dicen su cosa diferente! Deduzco que ellas no dicen maldita la cosa... y que nosotros las interpretamos á nuestra manera... Lo que pasa con las campanas: en seguida cantan lo que á uno se le antoja... Las voces están dentro... A mi cuñado le suena la naturaleza así: — ¡Buen día de majal! — Y al creyente le murmura que hay Dios...

.....
 —¿Que no existe el mundo exterior; que lo creamos nosotros? ¡Puf! Idealismo trascenden-

tal... Váyase á paseo este afán de escudriñar el fondo de todas las cosas...

.....
 Un saltón verde, muy zanquilargo, vino á posarse en la mano del pensador. Gabriel le cogió por las zancas traseras y le sujetó algún tiempo, divirtiéndose en ver la fuerza que hacía para soltarse. Al fin aflojó, y el bicho se puso en cobro pegando un brinco fenomenal.

.....
 —Y á Manuela, ¿que le dirá la señora naturaleza, la única mamá que ha conocido?

.....
 En la memoria de Gabriel, como en placa fonográfica, empezaron á revivir fragmentos de la lectura de la noche anterior, sólo que encontrándoles un sentido y dándoles un alcance nuevo de respuesta á la última pregunta.

.....
 —“La sazón es fresca y el campo está hermoso: todas las cosas favorecen á tu venida y ayudan á nuestro amor, y parece que la naturaleza nos adereza y adorna el aposento... Voz de mi amado se oye: veislo, viene atravesando por los montes y saltando por los collados... La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará... Hablado ha mi amado, y díjome: levántate, amiga mía, galana mía, y vente... Ya ves, pasó la lluvia y el invierno fuese. Los capullos de las flores se demuestran en nuestra tierra, el tiempo de la poda es venido, oída es la voz de la tórtola en nuestro campo: la higuera brota sus higos, y las pequeñas uvas dan

olor : por ende levántate, amiga mía, hermosa mía y ven.,

.....
 —Según los garrapatos que he visto en la edición, Manuela y su... ¡lo que sea! aprendieron á leer por ese libro... Tiene algo de simbólico... La más negra no es el texto, sino los comentarios... Cuidado con aquello que dice de que el jugar á esconderse burlando es regalo y juego graciosísimo del amor... Si, que no sabrían ellos solos retozar entre los árboles... Pues, ¿y el enseñarles á que se fijen y reparen en los arrullos de las palomas y en los amoríos de los avechuchos?

.....
 —Lo más tremendo es la manía de llamarla *hermana*... "Robaste mi corazón, hermana mía, esposa, robaste mi corazón con uno de los tus ojos en un sartal de tu cuello... Panal destila tus labios, esposa; miel y leche está en tu lengua; y el olor de tus vestidos, como el olor del incienso. Huerto cerrado, hermana mía esposa...,"

.....
 —Este lenguaje oriental...

.....
 —"¿Quién te me dará como hermano que mamase los pechos de mi madre? Hallarteía fuera, besaríate, y ya nadie me despreciaría.,"

.....
 —Con permiso de Fray Luis de León: lo que es sus comentarios á este pasaje, son una confusión lastimosa entre el amor y la fraternidad,

No me negará nadie que es bonita escuela para las señoritas lo que dice á propósito de los amores desiguales... Cosa más disolvente que estos místicos y contempladores... y el pasaje está más claro que el agua!...

.....
 —"Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades ó que se adquieren por ejercicio ó que vienen por caso de fortuna ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias; pero unidas en caso de amor y voluntad, porque ésta es señora y libre; así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean.,"

.....
 —¡Caracoles con Fray Luis!

.....
 —Quieto, Gabriel, que estás discurriendo como un quídam, sin asomo de cultura, como si toda tu vida no te hubieses esforzado en ser racional... racional. Si tu sobrina ha leído eso, sería de niña, cuando delectaba; y á fuerza de ser clásico y castizo y repulido, ni lo entendió entonces, ni lo entendería ahora. Esta lectura te hace efecto y te da en qué pensar á ti, por lo mismo que estás muy civilizado y muy saturado de libros y muy harto de meterte en honduras... Lo que es á ellos... No has de caer en majadero por empeñarte en ser sagaz.

.....
 —Se me figura que la naturaleza se encara

conmigo, y me dice: Necio, pon á una pareja linda, salida apenas de la adolescencia, sola, sin protección, sin enseñanza, vagando libremente, como Adán y Eva en los días paradisiacos, por el seno de un valle amenísimo, en la estación apasionada del año, entre flores que huelen bien, y alfombras de mullida hierba capaces de tentar á un santo. ¿Qué barrera, qué valla los divide? ¡Una enteramente ilusoria, ideal; valla que mis leyes, únicas á que ellos se sujetan, no reconocen, pues yo jamás he vedado á dos pájaros nacidos en el mismo nido que aniden juntos á su vez en la primavera próxima... Y yo, única madre y doctora de esa pareja, soy su cómplice también, porque la palabra que les susurro y el himno que les canto, son la verdadera palabra y el himno verdadero, y en esa palabra sola me cifro, y por esa palabra me conservo, y esa palabra es la clave de la creación, y yo la repito sin cesar, pues todo es en mí canto epitalámico, y para entenderlo, simple, ¿qué falta hacen libros ni filosofías?

.....
 —Pero es cosa que eriza los pelos... La hija de mi hermana, la esperanza de mi corazón, caída en ese abismo... ¡Qué monstruosidad horrible! Y no hay duda... Soy un idiota en no haberlo comprendido desde luego... Presentimiento sí que lo tenía... Algo me dió el corazón ya en casa de Máximo Juncal... ¡Ay, Nucha, pobre mamita, y qué bien hiciste en morirte!... Todo el día solos, campando por su respeto á una ó dos leguas de la casa... ¿Qué hacen á estas ho-

ras? ¿En qué clase de juego entretienen la siesta? De seguro...

.....
 —Maldito yo por no venir antes. Aunque sabe Dios desde cuándo... Y, ¿que hago ahora aquí, cavilando y lamentándome? Tocan á moverse... á buscarla, ¡voto á sanes! y á deshacer este enredo horrible, y á sacarla de la abyección, y á cortar de raíz...

.....
 —¿Hacia dónde tomarían?

XXVI

SIGUIÓ el primer sendero que encontró, porque tan probable era que hubiesen pasado por aquél como por otro. Caminaba sin fijarse en el paisaje ni formar idea de si se alejaba mucho de los Pazos, y sus ojos, devorando el horizonte, trataban de descubrir un campanario, el de Naya. ¿No había dicho el señor de Ulloa que á Naya solían ir?

Cruzó prados humedecidos por el riego, y heredades acabadas de segar la víspera; se metió por entre viñedos; saltó vallados; atravesó huertos con frutales, y costeó eras donde resonaba el cadencioso golpe del *mallo*; en suma: gastó con la actividad y el movimiento su impaciencia torturadora, que le encendía la sangre y le ponía los nervios como cuerdas de guitarra. El ejercicio le hizo provecho; andando

y andando, empezó á sentirse con la cabeza más despejada y el corazón más tranquilo.

Contribuía á ello el acercarse ya el instante de calma suprema, la hora religiosa, el anochecer. De la sombra que iba envolviendo el suelo emergían las copas de los árboles, coronadas aún por una pirámide de claridad; al Oeste, los arreboles se extendían en franjas inflamadas como el cráter de un volcán: el contraste del incendio, pues hasta forma de llamas tenían las nubes, hacía verdear el azul celeste, y unas cuantas nubecillas, dispersas hacia el Poniente, parecían gigantescas rosas y bolas de oro desparramadas por el cielo. Una puesta de sol inverosímil, de esas que dejan quedar mal á los pintores cuando se les mete en la cabeza copiarlas. Sobre el grupo de árboles más abandonados ya de la luz diurna, se desplegaba, á manera de leve cortinilla plumiza, el humo que despedía la chimenea de una cabaña; y de las hondonadas, donde se conservaba archivado el enervante calor de todo el día, se alzaban compactas huestes de mosquitos.

De pronto levantó Gabriel la cabeza... Un tañido lento y lejano, una gota, por decirlo así, de música apacible, resignada, admirablemente poética en semejante lugar, sobre todo por lo bien que se armonizaba con los *saudosos* "¡ay... lé... lé!...", que segadoras y majadores entonaban desde los campos y las eras, se dejó oír repetidas veces, á intervalos iguales... El comandante se paró, y una especie de escalofrío recorrió su cuerpo. Se le arrasaron en lágrimas los

ojos, lágrimas de esas que no corren, que vuelven al punto á sumirse. ¡Cuántas veces había oído hablar de la poesía del *Angelus*! Y sin conocerla, se la imaginaba desflorada por tanta rima de coplero chirle, por tanto artículo sentimental... Fué esto mismo lo que aumentó la fuerza de la impresión, é hizo más inefable el misterioso tañido.

—El que discurrió este toque de campana á estas horas, era un artista de primer orden... ¡Cáspita! ¿Hacia dónde ha sonado? ¿Estaré, sin saberlo, cerca de Naya? No puede ser... He comprendido que Naya se encuentra á la subida del monte... y hace un cuarto de hora lo menos que bajo al valle. ¡Hola! ¡Si el campanario se ve asomar por allí! ¡Qué bajito! Es el de Ulloa, no me cabe duda.

Ya todo era cuesta abajo, y Gabriel la descendió con bastante ligereza, sólo que el caminito daba mil vueltas y revueltas, y el comandante no se atrevía á atajar, temeroso de perderse. Caía la noche con sosegada majestad, las luces de bengala del poniente se extinguían, y detrás del lucero salía una cohorte innumerable de estrellas. No distinguió Gabriel la iglesia hasta estar tocándola casi, y no fué milagro, porque la parroquial de Ulloa cada día se iba sepultando más en la tragona tierra, que se la comía y envolvía por todos lados, dejando apenas sobresalir, como mástil de buque naufrago, la espadaña y el remate del crucero del atrio. La puerta del vallado que rodeaba á éste, bien fácilmente se podía saltar, sin más que levantar

algo las piernas; pero Gabriel Pardo no había entrado en el atrio por el gusto de entrar, sino por acercarse á *algo* que él sabía estar allí, y que le pesaba con remordimiento profundo no haber visitado antes, desde el momento mismo de su arribo á los Pazos...

Cosa de broma saltar la cerca del atrio; mas no así penetrar en el cementerio de Ulloa. Parecía como si se hubiese defendido su acceso con esmero especial, nada común en las aldeas, donde los camposantos suelen andar mal preservados de la contingencia, remotísima en verdad, de una profanación. El muro que lo rodeaba era alto, bien recebado, y en el caballete se incrustaban recios cascotes de botella; la verja de lá cancilla, sobre la cual se gallardeaba la copa de un corpulento olivo, se componía de maderos fuertes, recién pintados, terminados en unos pinchos de hierro. Asegurabanla sólida cerradura y grueso cerrojo.

Gabriel comprendió que, además de la cancilla, debía de existir una puerta que comunicase directamente con el atrio, y no se engañó; sólo que era de dos hojas, y no menos sólida y maciza en su género que la cancilla. No se podía intentar abrirla; por fuerza, sería un acto irrespetuoso; en cuanto á llamar al sacristán, ni pensarlo; de fijo que después de sonar las oraciones, se habría retirado á su casa, dejando solos á los muertos y á la pobrecilla iglesia.

Intentó al menos el comandante distinguir, al través de la verja, la traza del cementerio, acostumbrando la vista á las tinieblas de la es-

trellada noche. Después de mirar fijamente y largo rato, adquirieron algún relieve las formas confusas. El cementerio parecía muy bien cuidado; las cruces, no derrengadas como suelen andar en sitios tales, sino derechas y puestas con simetría y decoro; la vegetación y los arbustos ostentando el no sé qué de los jardines, la gentil lozanía de la planta regada y dirigida por mano cariñosa. Sobre el fondo sombrío del follaje se destacaban irregulares manchones claros, que debían de ser flores. Flores eran, y ya los ojos de Gabriel, familiarizados con la obscuridad, podían hasta darles su nombre propio: las manchas redondas, hortensias; las largas, varas de azucenas blanquísimas. Lograba también, sin esfuerzo, contar los senderitos abiertos entre las cruces, y los montecillos que éstas coronaban.

A su izquierda distinguió claramente una especie de nicho abultado, con pretensiones de mausoleo, y sobre cuya blancura se perfilaban, á modo de columnas de mármol negro, los troncos de dos cipreses muy tiernos aún, recién plantados sin duda. La mirada se le quedó fija en el mezquino monumento... Era *allí*... Se agarró con ambas manos á la verja, quedándose abismado en la contemplación que producen los objetos en los cuales, como en cifra, vemos representado nuestro destino. ¡Allí, allí estaba el cariño santo de su vida, la que al cabo de tantos años, desde el fondo de la tumba, le había atraído á aquel ignorado valle!

En el espíritu de Gabriel batallaban siempre

dos tendencias opuestas: la de su imaginación propensa á caldearse y deducir de cada objeto ó de cada suceso todo el elemento poético que pueda encerrar, y la de su entendimiento á analizar y calar á fondo todo ese mundo fantástico, destruyéndolo con implacable lucidez. Ante la cancilla de aquel cementerio de aldea, triunfaban momentáneamente la imaginación; de buen grado ofrecía treguas el entendimiento, y todo lo que en lugares semejantes evocan, sueñan y forjan los creyentes y los medrosos, los nerviosos y los alucinados, tuvo el comandante Pardo la dicha suprema de evocarlo, soñarlo y forjarlo por espacio de unos cuantos minutos. Apariciones, aspectos fantasmagóricos, formas que puede tomar el ser querido que ya no pertenece á este mundo para presentarse á los que todavía permanecen en él, y esa sensación indefinible de la presencia de un muerto, ese soplo sutil de lo invisible é impalpable, que cuaja la sangre é interrumpe los latidos del corazón. Cuando se produce este género de exaltación, nadie la saborea con más extraño placer que los espíritus fuertes, los incrédulos: es el gozo de la mujer estéril que se siente madre; es un deleite parecido al que causa la lectura de una novela de visiones y espectros á las altas horas de la noche, en la solitaria alcoba, con la persuasión de que no hay palabra de verdad en todo ello, y á la vez con involuntario recelo de mirar hacia los rincones adonde no llega la luz de la lámpara, por si allí está acechando la *cosa sin nombre*, el elemento sobrenatural que

teme y anhela nuestro espíritu, ansioso de romper la pesada envoltura material y el insufrible encadenamiento lógico de las realidades!

Las flores de hortensia eran manos pálidas que hacían señas á Gabriel; las azucenas, flotantes pedazos de sudario; los cipreses, figuras humanas vestidas de negro, que inmóviles defendían el acceso del lugar donde reposaba Nucha... Y allá, del fondo del mausoleo... ¡qué ilusión esta tan viva, tan fuerte, tan invencible! sale un murmullo humilde y quejoso, como de rezo, un suspiro lento y arrancado de las entrañas... ¿Es posible que el oído sea juguete de semejantes alucinaciones? No hay duda, otro suspiro tristísimo... tan claro, que un estremecimiento recorre las vértebras del comandante.

Estas treguas del entendimiento duran poco, y en el cerebro de Gabriel, que no poseía la fresca plástica de la ignorancia y de la juventud, la razón recobró al punto sus fueros. En un segundo, el apacible cementerio perdió su prestigio todo: lo vió lindo y alegre, como debía de ser á la luz solar. De su hermana, lo que estaba allí era el polvo... residuos orgánicos... ¡Materia! Y trató de figurarse cómo estaría aquella materia inerte, qué aspecto tendrían, entre las podridas tablas del ataúd y la húmeda frialdad del nicho, los huesecillos de aquellos brazos tan amantes, en que se había reclinado de niño. Se le oprimió el corazón: por instinto alzó la frente y miró al cielo.

—Si hay inmortalidad, ahí estará la pobre; en alguna de esas estrellas tan hermosas.

El firmamento parecía vestido de gala, como para rechazar toda idea de muerte y podredumbre, y confirmar las de inmortalidad y gloria. Compensando la falta de la luna que no asomaría hasta mucho más tarde, los astros resplandecían con tal magnificencia, que inducían á creer si toda la pedrería celestial acababa de salir del taller del joyero divino. Más que azul, semejaba negra la bóveda; las constelaciones la rasgaban con rúbricas de luz; algunos luceros titilaban vivos y próximos, otros se perdían en la insondable profundidad; la vía láctea derramaba un mar de cristalina leche, y Sirio, el gran brillante solitario, centelleaba más espléndido que nunca.

También el suelo estaba de fiesta. La incomparable serenidad de la noche le envolvía en un hálito de amor: las sombras eran densas y vagas á la vez: los horizontes lejanos se disfumaban en azuladas nieblas: á pesar de la mucha calma, no había silencio, sino murmurios imperceptibles, estremecimientos cariñosos, ráfagas de placer y vida; la savia antes de parar su curso y retroceder al corazón de los árboles, aprovechaba aquel minuto de plenitud del verano para saturar por completo el organismo vegetal, y lo que era acres aromas en el monte, en el valle atmósfera verdaderamente embalsamada. La iluminación de la noche nupcial, los farolillos venecianos de las bodas, los suministraban las luciérnagas, insectos en quienes arde visiblemente el fuego amoroso...

No podía Gabriel confundir el verdoso y fos-

forescente reflejo de los gusanos con la pequeña llama azul que se alzó de las profundidades del cementerio, y que revoloteando suavemente le pasó á dos dedos del rostro. Bien conoció el fuego fatuo, arrancado por el calor á aquel sitio bajo y húmedo y relleno de cadáveres humanos... Con todo, sintió que otra vez se le exaltaba la fantasía, y pegó el rostro á la verja escudriñando con avidez el interior del campamento, por si tras el fuego surgía alguna forma blanca, ni más ni menos que en *Roberto el Diablo*... Y en efecto... ¡Chifladura, ilusión de óptica! ¿Qué...? Pues no, que bien claro lo está viendo... Algo se alza detrás del nicho, junto á los cipreses... Algo que se inclina, vuelve á alzarse, se mueve... ¡Una forma humana!... ¡Un hombre!

Sólo tiene tiempo el artillero para adosarse al muro, al amparo de la sombra que proyecta el olivo. Rechina el cerrojo, gira la llave, se abre la verja, y sale la persona que momentos antes rezaba al pié del mausoleo de Nucha. El rezador nocturno cierra cuidadosamente la verja, hace por última vez la señal de la cruz volviéndose hacia el cementerio, y pasa rozando con Gabriel y sin verle, con la cabeza baja, cabeza blanquecina y cuerpo encorvado y humilde.

— ¡El cura de Ulloa!

Se quedó Gabriel algún rato como si fuese hecho de piedra, sin darse cuenta del por qué semejante persona, en tal sitio y entregada á tal ocupación, le parecía la clave de algún misterio, uno de esos cabos sueltos de la madeja

del pasado, que guían para descubrir historias viejas que nos importan ó que despiertan novelesco interés.

— ¡Ahí están los suspiros y los rezos que yo oía!—pensó, encogiéndose de hombros.—Si no acierta á salir ahora este buen señor, yo tendría una cosa rara que contar... y creería honradamente en una pamplina... inexplicable... ¡Ea, me he lucido con mi excursión! De Manuela, ni rastro... Verdad es que he visitado á la pobre *mamita*... ¡Adiós, adiós! (Volviéndose hacia la verja.) Y en realidad la caminata me ha calmado. Se me figura que esta tarde pensé mil delirios y ofendí mortalmente con la imaginación á mi sobrina. ¿Cómo ha de estar profanada, depravada, una niña que tiene aquel aire franco y sencillo y honesto á la vez, el aire y los ojos de su madre? Sé sincero, Gabriel, contigo mismo. (Deteniéndose y mirando á las estrellas.) Lo que te sucedió, que te encelaste, porque estás interesado por la muchacha... Pues amigo, eso no vale. ¿A qué viniste aquí? ¿A salvarla, verdad? Entonces, piensa en ella sobre todo. A un lado egoismos; si no te quiere, que no te quiera; mírala como la debió haber mirado su padre. A pedirle mañana una entrevista; á hablarle como nadie le ha hablado nunca á la criatura infeliz. Lo que tú has estado pensando allí al pié del castaño, es una monstruosidad; pero con todo, bueno es prevenir hasta el que á otros se les ocurra la misma sospecha atroz. A ti, al hermano de su madre, corresponde de derecho el intervenir. Y caiga quien caiga, y

así sea preciso prender fuego á los Pazos y llevarte á la muchacha en el arzón de la silla... Digo, no; esto de raptos es niñería romántica... Pero es decir, que tengas ánimo y que no se te ponga por delante ni el *Sursumcorda*, ¡qué diablos! Y cuidadito cómo le hablas á la montañesa... No hay que abrirle los ojos, ni lastimarla, que, después de todo... reparo deberías tener en tocarla siquiera con el aliento... y morirte deberías de vergüenza por las cosas que se te han ocurrido. ¡Pobre chiquilla! (Pausa.) ¡Qué noche tan hermosa! ¡Iré camino de los Pazos... ó lo estaré desandando? Por allí suena la presa del molino... De noche se oye muy bien... Parece el sollozo de una persona inconsolable... Sí, hacia esa parte están los Pazos; en llegando al molino, ya los veo.

El sollozo del agua le guió á una *corredoira*, no tan honda ni tan cubierta de vegetación como la de los Castros, pero perfumada y misteriosa cual ninguna deja de serlo en el verano, y alumbrada á la sazón por la luz suave y espectral de las luciolas, que á centenares se escondían en las zarzas ó se perseguían arrastrándose por la hierba. Tan lindo aspecto daban á las plantas las linternas de aquellos bichejos, que el artillero, al salir del túnel, se detuvo y miró hacia atrás, para gozar del fantástico espectáculo. Una línea fría le cruzó el rostro: era un tenuísimo hilo de la Virgen, y Gabriel alzó la vista hacia el matorral, queriendo adivinar de dónde salía la sutil hebra. Cuando bajó los ojos, se le figuró que al otro extremo del túnel se movía

un bulto confuso y grande. El pálido resplandor de los gusanos, semejante al destello de una sarta de aguamarinas y perlas, no le consintió al pronto discernir si eran bueyes ó personas, y cuántas, lo que se iba aproximando en silencio. Gabriel, sin reflexionar, se emboscó tras las plantas, con el corazón en prensa; si alguien le hubiese preguntado entonces ¿por qué te escondes y por qué te azoras así? no le sería posible dar contestación satisfactoria. El bulto se acercó... Era doble: se componía de dos cuerpos tan pegados el uno al otro como la goma al árbol; no hablaban; ¿para qué? El la sostenía por la cintura, y ella se recostaba en su hombro y le pasaba el brazo izquierdo alrededor del cuello. Marchaban con el paso elástico y perezoso á la vez, propio de la juventud y de la dicha avara, que regatea los minutos.

Hacia ya algunos que había desaparecido la enamorada pareja, y todavía estaba el artillero quieto, con los puños y los labios apretados, los ojos abiertos de par en par, el cuerpo tembloroso, los piés clavados en tierra como si se los remachasen, fulminado en suma por la última visión de aquella noche de verano. Al fin su pecho se dilató, como para respirar; estiró los brazos; descargó una patada en el suelo; y mandando enhoramala sus filosofías, su pulcritud de lenguaje y de educación, su cultura y su firmeza, arrojó, como arroja el caño de sangre la arteria cortada, una interjección obscena y vulgarísima, y añadió sordamente:

—¡Qué vergüenza... qué barbaridad!

XXVII

No vayan Vds. á figurarse que desde el entronizamiento del Gallo y sus útiles reformas, encaminadas á acrecentar el decoro y representación de los Pazos, ó al menos de la mayordomía, se hubiese suprimido el tertulión de la cocina por las noches. Suprimir, no; depurar, es otra cosa. La autoridad del buen exgaitero se empleaba en alejar mañosa ó explícitamente de allí á la gentuza, como las nietas de la Sabia y otras *lambonas* que sólo andaban tras la intriga y á la socalifa del pedazo de pan hoy, y mañana del de cerdo, si á mano viene. Para semejantes brujas, chismosas y zurcadoras de voluntades, desde el primer día significó el Gallo, con toda su autoridad de sultán y marido, la orden de expulsión; ¡si conocería él el paño! Y Sabel, aunque muy dada á comadrear, hubo de conformarse—como se conformaría á andar á cuatro patas, si tales fuesen los deseos del insigne rey del corral.

Escogido ya el número de tertulianos, se redujo á los notables de Ulloa y Naya, al pedáneo, á los labriegos cabezas de familia y colonos de los Pazos, al criado del cura, al sacristán, al peón caminero y demás personas de suposición que por allí podían encontrarse; de suerte que varió muchísimo el carácter de aquel sarao, y no se parecía en lo más mínimo á lo